



Tres escenas del gran mural de «La Setmana Tràgica»



# teatro | eXpres

# INVENCION DEL TEATRO MURAL

Sólo por el hecho de ofrecernos una soberbia lección de historia contemporánea, en un país donde la Historia se ha visto sistemáticamente deformada, o incluso silenciada, habría que aplaudir esta «Setmana tràgica» que el pasado viernes presentó en el Casino de l'Aliança del Poble Nou —con una expectación similar a la que provocó hace unas semanas el estreno en Granollers de «Alias Serrallonga»— el Grup de l'Escola de Teatre de l'Orfeó de Sants, bajo la dirección de Lluís Pasqual (autor, asimismo del texto, con el asesoramiento de G.J. Graells), música de J.M. Arrizabalaga, y espacio escénico y figurines de Fabià Puigserver.

Puigserver es un peligroso profesional, y trabajar con él entraña grandes riesgos: su preparación teórica, para entendernos, su enorme capacidad de trabajo y su constante búsqueda de nuevas soluciones, son casi siempre superiores a la media de nuestro teatro, y su aportación aparece muchas veces como desfasada —positivamente desfasada—

del resto de los elementos del espectáculo. Pero hay que decir que en esta «Setmana Tràgica», Puigserver ha encontrado a los interlocutores que necesitaba, y a ello se debe, sobre todo, el extraordinario valor —estrictamente teatral— de los resultados conseguidos.

Pasqual y el colectivo del Orfeó de Sants (que con este montaje han hecho olvidar el triste patinazo de aquellas «Noces del llauner» que presentaron este verano en el Capsa) se proponían ofrecernos lo que, en frase tópica, se denomina «un inmenso fresco histórico». Y lo han conseguido plenamente, porque para ellos, en estrecha colaboración con ellos, Fabià Puigserver ha inventado el teatro mural, el dispositivo espacial que traduce escénicamente la idea de un «inmenso fresco».

La innovación de Puigserver ha consistido en suprimir por completo el escenario convencional y en cerrar el espacio destinado a los espectadores, por los cuatro costados, mediante una estrecha pasarela limitada en toda su extensión por un

lienzo blanco que actúa a modo de pared. La idea de una pasarela envolvente no es, en absoluto, nueva, y la había utilizado ya, por no poner más que un ejemplo, Víctor García en su parisino montaje del «Cementerio de coches», el texto de Arrabal. En aquel espectáculo, los actores, sin embargo, actuaban preferentemente en un escenario situado frontalmente y sólo utilizaban la pasarela de forma ocasional, para espectaculares érrerres y persecuciones. En «La Setmana Tràgica», en cambio, todo es pasarela, y ésta es tan estrecha, tan invisible, que el espectador tiene la impresión de que los actores están pegados al muro, de que son las figuras —en movimiento a veces, pero casi siempre estáticas... de un inmenso fresco. La puesta en escena consiste, entonces, en iluminar sucesivamente los diversos sectores de esta gran pintura y, a veces, en mostrar su conjunto. Un conjunto en el que no existen ni discontinuidades ni referencias (a través de «decorados») espaciales: sólo existen los actores, formando grupos plásticos,

y algunos accesorios muy simples que vienen a ser como una prolongación, casi humana, de estos actores.

Ignoro si el propósito del colectivo de Sants era conseguir que el público tuviese esa sensación de hallarse ante el gran fresco de la historia, en uno de los episodios más complejos del siglo XX peninsular. En el programa de mano, Lluís Pasqual nos habla de este espacio como de una calle de Barcelona. Yo no tuve jamás la impresión de que aquello que se nos mostraba fuese un fragmento del espacio urbano, sino, simplemente, un fragmento del espacio histórico, al modo de una representación pictórica, al modo de la obra de un Sert en la catedral de Vic. Este gran lienzo blanco no era el decorado-muro de una ciudad en llamas, sino una página en blanco de la Historia que estaban escribiendo unos hombres y mujeres; y nosotros —los espectadores— éramos invitados a contemplar (como si estuviésemos en el túnel del tiempo) esta escritura (y éste es el carácter de «reconstrucción de hechos» que posee el espectáculo) y a convertirnos, al mismo tiempo, en críticos de la misma, comprendiendo, a medida que avanzaba la acción, por qué razones iba a terminar mal la historia, por qué motivos éste iba a saldarse con ocho muertos entre las fuerzas públicas y ciento seis (conocidos) entre la población, sin contar los cinco ejecutados.

la crítica algún calificativo elogioso («la excelente escenografía», o algo por el estilo), no sólo porque las cuestiones relativas al espacio escénico suelen ser silenciadas, sino también porque se trata de un espectáculo independiente, sin figura de fama internacional y sin la posibilidad de una adecuada proyección ciudadana, con sus seis únicas representaciones.

Una aportación extraordinaria, digo, pero no carente de riesgos. El espacio de «La setmana tràgica» es un arma de doble filo, y al lado de sus ventajas o aspectos positivos, hay que constatar los negativos. Por una parte —y ello es fundamental tratándose de un trabajo de escuela—, exige de unos actores en proceso de formación, poco expertos todavía un esfuerzo tal vez excesivo: la casi total ausencia de elementos propiamente escenográficos coloca al intérprete ante un público sin apoyo ninguno, en —por así decir— toda su desnudez; la no existencia de «fondo», el hecho de estar «pegados» al muro de lienzo, limita sus posibilidades de movimiento y los obliga a un estatismo casi fotográfico que ha de verse compensado con una capacidad interpretativa que los alumnos de Sants no pueden poseer todavía.

Y he aquí el segundo riesgo: el tono excesivamente historicista (a pesar de la opción política latente) del montaje. Y este tono historicista no proviene tanto del texto, de su carácter documental, sino precisamente del carácter de fresco histórico que le imprime la singular disposición del espacio escénico. Al final de la primera representación, quedó en el ánimo de algunos espectadores la sensación de que, a despecho de todas las cualidades, al montaje le faltaba algo. Y creo que este «algo» es el hecho de que jamás los actores abandonasen su muro —el espacio del pasado— para regresar a nuestro espacio dejando de nuevo en blanco, intensamente iluminado, el gran libro de la historia, a fin de escribir en él episodios inéditos.

Jaume MELENDRES

## A PROPOSITO DEL CALDERON

### Un cierre a tiempo es una victoria

Con eso de si el Calderón cierra o no cierra como teatro, está el mundillo de la farándula hecho un basilisco. Tengo entendido que incluso se ha constituido una comisión de urgencia por ver si el señor Colsada cambia de opinión, y muchos ciudadanos se han sensibilizado lo suyo ante la amenaza y se han dicho entre dientes: «¡Vaya hombre! después de la galopante crisis teatralera sólo faltaba la puñalada vil de Matias Colsada, que sólo piensa en la rentabilidad de sus negocios».

Llegados a este punto no me negarían ustedes que el asunto tiene su gracia y su desbarre. Porque ahora resulta —según estos bienintencionados ciudadanos— que lo que en realidad había de hacer don Matias Yáñez Colsada era seguir perdiendo el dinero en su coliseo de las Rondas, para que así estas personas siguieran tranquilas, en su casa, delante del televisor, pensando que «su» Barcelona seguía con los teatros abiertos, teatros que ellos no pisan desde que se inventó el oscilógrafo de rayos catódicos. Particularmente pienso que don Matias haría una cosa estupenda cerrando su Calderón para transformarlo en cinerama o en un salón de belleza de diez plantas, todas sutuosas, en donde las fámulas del distrito encontrarían la clave de su felicidad. Particularmente —repito— opino que cada cual tiene el derecho de montar el negocio que más le apetezca, y de deshacer el entuerto siempre que le venga en gana, pues para eso está en su casa y sus garbanzos son los que se juega. No sé por qué extraño motivo las almas caritativas de esta ciudad piensan siempre en la figura del mecenas privado cuando de arte se trata, y se encorajan como bestias cuando el mecenas de turno les habla de dividendos o de beneficios. ¿A qué viene esta tergiversación de funciones?

El teatro privado, lo mismo que las corseterías y los grandes almacenes, tienen su razón de ser en el negocio que de ellos pueda dimanar. Y si el negocio no pita, lo mejor que puede hacerse es —precisamente— eso, cambiar de negocio. ¿Por qué extrañarse, pues, de que al Teatro Calderón le suceda lo que a tantos establecimientos públicos? Y aún más, ¿por qué se desgañitan ahora estos ciudadanos que hace poco permitieron con su no asistencia que una obra como «La Fundación» estuviera en cartel por tan irrisorio período de tiempo?

Es curioso que esta sensación de «mecenas» y «bienhechores del arte de talia», que tan perzosamente hemos esparcido aquí y allá, haya sido engullida y creída por sus propios protagonistas, hasta el punto de intentar amagar cualquier transacción que afecte a sus teatros. No hace una semana mantuve una conversación con el señor Colsada, una conversación limpiamente telefónica, en la que me negó rotundamente cualquier idea de transformar el Calderón en cine, sacándose de la manga la fórmula de «sala mixta»; en realidad ambos sabíamos que un proyecto de traspaso a Cinerama se estaba gestando en las alturas, pero en ningún momento quiso dar la sensación de que efectivamente el futuro del teatro estaba amenazado.

Creo que el señor Colsada debería sacudirse de encima el sanbenito que le han endilgado, y decirles a los ciudadanos de pro que no se juega con las cosas de comer; que si quieren arruinarse con el teatro que se lo compren; y que para obras de caridad las hermanitas del Santo Sepulcro. Don Matias debería cerrar el teatro de una vez y montar allí lo que él creyese que da dinero. Y el ejemplo deberían seguirlo todos los teatros de la

ciudad —los pocos teatros que nos quedan—, a ver si un buen día amanecemos sin un solo telón en esta ciudad de Ferias y Congresos. Entonces veríamos de veras si el teatro interesa a la gente.

Podría ocurrir que el pueblo se echase a la calle en heroica manifestación, y que los gritos y huelga llegasen a oídos de las personas competentes de la misma persona capital. Entonces, quizá el Gobierno, ante la avalancha del populacho —¡toma!—, se decidiera a edificar seis o siete coliseos, con sus respectivas compañías, en la ciudad; y quizá arbitrase una política teatral, y quizá se escribiese la Ley de Teatro, y quizá el teatro entrase en los planes de educación con la misma categoría que las ciencias matemáticas. Quizá podría suceder ese milagro de entender la cultura como un servicio público, y se planificase una acción teatral a sesenta años vista, que son los mínimos que este país necesita para volver a cierta normalidad.

Pero también podría suceder que el populacho no saliese en tromba, que le importase un rábano la desaparición de los telones ciudadanos, y que este suyo y afectísimo servidor que aquí rubrica se quedará sin oficio.

Eso, no lo olviden, también podría suceder.

Por lo tanto dejemos las hipócritas maniobras de arremeter contra el mundo empresarial, y aguantemos cada uno el chaparrón en solitario con un mínimo sentido del ridículo.

Que cada cual repita, entretanto, aquel «aria» que les sugerí para este inmejorable 1975: cada pueblo tiene el teatro que se merece.

F. MONEGAL

### Los riesgos de la invención

Creo, por todo ello, que la invención de Puigserver y el colectivo de Sants debe ser calificada de extraordinaria y contemplada como una de las más importantes de nuestro teatro contemporáneo, y también, acaso, de otros teatros. No despertará, probablemente, la admiración —debidamente manipulada— de aquel otro trabajo de Puigserver, la famosa Iona de «Yerma», ni encontrará en las revistas el eco que merece; en cualquier otro país, esta aportación sería debidamente analizada y potenciada públicamente; entre nosotros, es muy probable que suscite únicamente de

## TRES ULTIMAS REPRESENTACIONES

«La Setmana Tràgica» será presentada de nuevo en el Casino de la Aliança del Poble Nou (paseo del Triunfo, 22, Tel. 309-08-90); los días 17 y 18, a las 22,30 y el domingo 19, a las 18,30. Por razones técnicas una vez comenzado el espectáculo no se permite la entrada de espectadores.

## Ciento cincuenta mil pesetas SUBVENCION DEL MINISTERIO AL TEATRO CAPSA

El Ministerio de Información y Turismo, a través de la Dirección General de Teatro, ha concedido una subvención de ciento cincuenta mil pesetas al teatro Capsa, de Barcelona, como ayuda a la campaña de promoción teatral que viene estimulando dicho departamento.

Días antes de que finalizara el año, el teatro Capsa fue objeto de un atentado sin consecuencias al colocar unos desconocidos ante su fachada un bidón con material inflamable en su interior. Se cree que la maniobra estaba orientada a destruir un cartel anunciador de la obra de Bertold Brech «Miseria y terror del III Reich». — Europa Press.

## GUIA DEL ESPECTADOR INDEPENDIENTE

Los días 21 y 22, a las 23 horas, y a las 19,30 horas, respectivamente, el Grupo de Teatro La Gàbia, de Vic, presentará en el Teatro del Casino de esa ciudad, el espectáculo «Autocensuració», sobre un texto de Peter Handke, en traducción de Lluís Solà, y bajo la dirección de Joan Anguera.